

Una justificación previa

Extraemos algunas conclusiones sobre el conjunto de materiales recopilados. La reflexión puede resultar especialmente reveladora si la hacemos a partir de los materiales más espontáneos, de aquellos informes que hacen referencia a concretas y limitadas experiencias; opciones colectivas en las que, en muchas ocasiones, los autores del texto son al tiempo actores, protagonistas de esa misma experiencia/Por supuesto que es posible y legítimo negar tal espontaneidad. Y afirmar en este sentido que los editores han seleccionado de forma sesgada esas experiencias; que buscaban (que buscábamos) un determinado soporte empírico para unas predefinidas y predeterminadas conclusiones analíticas. Y que, en consecuencia, las experiencias referidas nada representan. Respondamos a la crítica.

Sin duda desde una perspectiva cuantitativa estos textos no constituyen una muestra representativa. Ciertamente. También lo es que, como dijimos en la presentación, nos hemos servido de los contactos establecidos a través de la revista En Pie de Paz para acceder a estas experiencias, lo que supone que, en parte, el acceso ha sido limitado por la preexistente red de contactos de nuestra propia red.

Pero también es cierto que, en cualquier caso y con las limitaciones antedichas, las experiencias relatadas expresan el final de un largo y a veces complejo proceso de selección. Es decir, podemos afirmar que las experiencias reflejan de forma significativa las diversas tendencias en cada movimiento; pueden ser, en sí mismas, pequeñas movilizaciones de escaso número de personas. Pero su testimonio no es marginal. Definen en cada movimiento relevantes formas de ser y actuar colectivas.

Lo diferente

El rasgo que mejor define lo llamativo, lo más «nuevo» de las experiencias seleccionadas es el de la plasticidad. Los movimientos, o específicas organizaciones de movimientos sociales, muestran un elevado pragmatismo. En ningún caso observamos que el grupo se adapte a un molde de acción colectiva prefijado. Cada grupo, cada conjunto de gentes interesadas por resolver un problema, eligen los recursos que consideran más útiles para sus concretos y contextualizados objetivos. En un caso formalizarán sus anhelos colectivos a través de un seminario de debate; en otros adoptarán un modelo de organización más regular (tipo ONG); en ocasiones su instrumento será un espacio de aprendizaje o de venta de un producto; en otras la opción organizativa será la coordinación; y finalmente algunos optarán por la típica red informal de movilización.

Donde esta flexibilidad adopta un perfil más singular es en el establecimiento de objetivos y grandes referentes estratégicos del grupo. Se observa en este sentido que algunas organizaciones rompen su adscripción a un tipo de movimiento y se constituyen en organizaciones «mixtas» -obreras y ecologistas como la Cooperativa Trevól, o pacifistas y obreras como Gazteizkoak- y que otras sitúan su opción estratégica en el filo de la movilización social y la acción política institucional; así Gogoia, o Plazandreok, o el GOB balear.

Flexibilidad organizativa; flexibilidad en objetivos y marcos estratégicos... y equivalente flexibilidad en los medios de acción. Tradicionalmente los movimientos sociales han buscado un efecto testimonial, expansivo, mediante la acción. Se pretendía que otros, al ver o al conocer las acciones de los movimientos, se sintiesen concernidos por los objetivos del mismo y a él se incorporasen o apoyasen. La visibilidad de la acción parecía una obligada exigencia. Hoy las cosas han cambiado. En primer lugar, quien decide si una acción es relevante, si debe de tener consecuencias movilizadoras, no es tanto el propio grupo sino los medios de comunicación. Y los medios han decidido que, por ejemplo, las manifestaciones en la calle ya no son noticias importantes; y que por el contrario si puede ser un «buena» noticia una rueda de prensa bien montada o un acción de poca gente pero muy original. Y las organizaciones de los movimientos se adaptan estas exigencias. Crecen ruedas y comunicados de prensa. No crecen las manifestaciones callejeras; los momentos álgidos de este tipo de acción no se corresponden con acciones programadas por los movimientos, sino a reacciones de protesta antiterrorista. Y crecen -o al menos empiezan a hacer acto de presencia- las acciones espectaculares, como por ejemplo las de los Solid@rios de Itoiz.

Pero tales cambios en los medios no se deben tan sólo a imposiciones mediáticas. Muchos grupos no están obsesionados con convencer al resto de la sociedad de la bondad de sus acciones, de que deben de pasarse a «su bando». Parece que trabajan sólo o casi sólo hacia ellos mismos. Es posible que les preocupe el que la sociedad que les rodea sea violenta, o antiecológica o insolidaria; pero sobre todo lo que les preocupa de verdad es que salga adelante su concreta organización y su acción antiviolenta o ecológica o solidaria. Y en consecuencia, sus medios de acción no son ni sorprendentes ni mediáticos; son rutinas que buscan la consolidación interna del grupo.

Sería ahora cuestión de considerar el porqué de esta genérica flexibilidad. Por qué los grupos no siguen unas prefijadas, excluyentes entre sí-y desde la historia de los movimientos sociales- «correctas» líneas de adscripción estratégica de organización y de formas de acción. La respuesta desborda por completo las pretensiones de estas breves conclusiones, por lo que nos limitaremos a apuntar sólo una posible causa. La crisis ideológica. O más exactamente la crisis de la radicalidad ideológica.

Los movimientos sociales, en su conjunto, han tenido unos referentes ideológicos que han funcionado como motor y sistema de enmarque del movimiento. La ideología otorgaba la certeza de que la acción se hallaba enmarcada en un proceso histórico universal que desembocaría en una radical transformación de la sociedad. Y la ideología exigía que dicho proceso se insertase en unos (y no otros) determinados moldes de acción; aquellos que ese supuestamente objetivo proceso histórico había concedido auténticas virtualidades transformadoras.

Caen las ideologías. Caen la certezas. Ya no resulta evidente que las acciones del movimiento conduzcan a un inevitable y profundo cambio en el conjunto de la sociedad; y resulta mucho menos evidente todavía que sólo determinadas formas de acción pueden conducir a esa emancipación radical. Las ideologías dejan de otorgar seguridades y dejan de imponer rigideces. Por eso dejan de ser ideologías, o se convierten en ideologías más flexibles. Y los grupos pierden el apoyo, la seguridad, de la ideología, pero también su carga dogmática e impositiva.

Esta reflexión sobre la crisis ideológica nos obliga a decir algo sobre el supuesto reformismo de los movimientos sociales. Si, se nos dice, ya no existen creencias firmes en la viabilidad de las grandes transformaciones, el movimiento se adapta al terreno, a lo que hay. Intenta arreglar su pequeña parcela y renuncia a los grandes cambios. Un par de precisiones.

No podemos caer en el maniqueísmo de considerar que en épocas pasadas todos los movimientos sociales eran revolucionarios, antisistémicos. Como vimos en el artículo introductorio, lo que ocurría es que existían fases, momentos, en la vida de los movimientos; unos más radicales y otros de mayor adaptación. Y bien pudiera ocurrir que en la actual coyuntura muchos «antiguos» movimientos tengan su momento reformista, y que algunos otros, más nuevos todavía, no hayan alcanzado su fase más alternativa.

Desde otra perspectiva, no debemos confundir pragmatismo con renuncia a objetivos transformadores. Ni podemos confundir el que organizaciones del movimiento tengan relaciones estables y no permanentemente conflictivas con las Instituciones Políticas, con la institucionalización de los movimientos. Es muy probable que a algún grupo le importe un bledo el destino de la humanidad y que sólo estén interesados en resolver concretos y limitados problemas de concretos y reducidos grupos de personas. Pero también es muy probable que muchos otros grupos creen que se transforma mejor la sociedad con la confluencia de reformas parciales. Y que para ello también es más operativo combinar relaciones cooperativas y de enfrentamiento con las autoridades políticas y otras élites de poder. Pudiera ser que tal enfoque estratégico derive más fácilmente hacia la integración o un hacia un localismo estéril:

Pero no conviene olvidar que opciones situadas en el otro extremo (permanente radicalidad en los objetivos y sistemática táctica de confrontación) en demasiadas ocasiones para lo único que ha servido es para apuntalar al sistema real-mente existente.

La referencia al localismo merece una consideración especial. Sin duda la tendencia está ahí. Existe en los grupos como una complacencia en concertar los esfuerzos en la acción local, de actuar en el espacio local y de distanciarse de ámbitos superiores de activismo. Y cuando existen coordinaciones, no siempre las mismas son algo más que «imágenes» unitarias. El fenómeno del localismo tiene diferentes fuentes y diferentes con-secuencias. Existe un localismo que es sólo estrechez de miras, egoísmo agregado o miedo a pensar mas allá de los intereses del grupo. Y existe un localismo que expresa por un lado desconfianza de las grandes organizaciones, de los movimientos demasiado proclives a pactar como sea y en lo que sea, con los poderosos y por otro la seria convicción de que desde la cercanía, desde la fuerza de la acción local, se puede construir con raíces mas sólidas un pensamiento y (en su día) una acción global. Dejamos que el lector considere cuál es el tipo de localismo dominante en nuestros casos, en las experiencias aquí relata-das.

Lo de siempre

Pero las experiencias seleccionadas también expresan rasgos típicos de los movi-mientos sociales.

Se observa en este sentido cómo permanece la preocupación por la dimensión identitaria. Cómo para los activistas de los grupos, el movimiento -su movimiento- no sólo es una forma de resolver problemas o injusticias; es también un forma distinta de vivir ellos mismos; una forma distinta... y compartida con otros.

En los grupos existe preocupación por reflexionar (o por reflexionar sobre cómo definir) otro mundo posible. Pero más sobre cómo vivirlo. Es más, parecería que nos hallamos en una fase más introspectiva de los movimientos, diferenciándose de otras fases, de otras épocas, más activistas, más agitadas. Parecería que las gentes se incorpo-ran a los movimientos no tanto por la convicción de que sólo a través de ellos darán la vuelta al mundo, como sobre todo porque necesitan vivir un experiencia en valores distin-tos y ser reconocidos por otros (y reconocerlos) en la vivencia compartida de esos valores.

Vivir otros valores. Los movimientos y sus grupos siguen siendo el territorio de acción colectiva

donde se vive la gratuidad, la solidaridad, la autenticidad, es decir el intento de desvelar e integrar lo privado (lo oculto) en los valores -igualdad, equidad, etc.- que se propugnan para lo público (lo visible). Y por supuesto el espacio de la participación. El sitio donde las gentes acceden porque ahí pueden decidir. Y donde es posible plantearse que tales decisiones sean asumidas por todos en todo.

La «inevitabilidad» de los movimientos

Los movimientos repiten viejos estilos e incorporan nuevas prácticas. Pero por lo que parece, «ortodoxos» o adaptados, siempre están presentes. Porque siempre existirán gentes dispuestas a juntarse y actuar solidariamente para tratar de responder a grandes o pequeñas injusticias. Porque siempre existirán nuevos desajustes o quiebras estructurales que no podrán o no querrán ser asumidas y resueltas por Instituciones o Partidos Políticos. Porque siempre existirán redes de grupos o de personas, disponibles para la acción solidaria; entre otras razones, porque no todo el mundo quiere o puede buscarse la vida compitiendo en el mercado.

Y porque siempre existirá experiencia, o al menos memoria, de los valores que conforman a los movimientos; siempre alguien -algunos- podrán contar que a ellos les consta que merece la pena compartir para transformar; y que además a veces funciona. Que así sea.

Tareas pendientes

Esto es un Anuario. Y por tanto el año que viene sacaremos otro. Otro evidentemente mejor. No se trata sólo de hacer una mejor selección de experiencias y de profundizar más en los análisis de conjunto. También existen ausencias que deben de ser colmadas. Somos conscientes de ellas y probablemente nuestra lista de insuficiencias sea mucho más larga que la que nos pueda exhibir un lector hipercrítico. No es cuestión ahora de resaltar por qué decidimos no incluir análisis o experiencias de algunos movimientos sociales, sino simplemente de constatar que faltan. Falta por ejemplo una mirada sobre las redes de los movimientos nacionalistas; movimientos a caballo entre la comunidad y el poder puro y duro, pero en cualquier caso -y muy especialmente en algunos casos y en algunas coyunturas- movimientos sociales. Tampoco hemos dicho nada sobre determinados movimientos juveniles, y resulta una omisión imperdonable el que no hagamos ni siquiera una pequeña mención al ascendente movimiento okupa. Rectificaremos.

Sin embargo, el Anuario del año que viene no podrá ser como éste. Debemos reducir los análisis de conjunto y evitar repeticiones. Los movimientos sociales no cambian de un año para otro. Una posibilidad es seleccionar un determinado enfoque -una mirada más específica, la participación, o la solidaridad, por ejemplo- y a través de él interrogar a todos los

EPÍLOGO Construyendo nuevas identidades

Escrito por Pedro Ibarra

Miércoles, 10 de Febrero de 1999 18:21 - Actualizado Lunes, 21 de Febrero de 2011 14:13

movimientos. En eso estamos. Se aceptan sugerencias.